

gas, proclamábase libertadora de los pueblos contra sus reyes.

Esa ambigüedad de transición entre una y otra política fundamental es el aspecto más interesante de aquellas luchas. Y no sería completa nuestra visión de conjunto si no recordásemos que la Gran Bretaña, en 1793, no quiso corresponder a la falta de solidaridad manifestada por la monarquía borbónica quince años antes; y fue la enemiga más pertinaz de la nueva Francia, aun antes de que el poderío napoleónico renovase las viejas rivalidades. En cambio, el recuerdo de la solidaridad entre la América de Franklin y la Francia de Vergennes, unido a la presente homogeneidad de las dos Repúblicas, ha hecho que en los campos de Saint-Mihiel pudiera ser pagada la deuda de Jork-Town, conforme a la promesa de Franklin al rehusar la paz separada que Inglaterra le ofreció con ánimo de consagrar toda su fuerza a vengarse de Francia. Las palabras de Franklin a David Hartley, en aquella ocasión, parecen una profecía. Hartley comisionado inglés, le proponía un tratado de comercio entre Inglaterra y los Estados Unidos, concediendo la primera algunas ventajas comerciales y comprometiéndose ambas partes contratantes a una alianza defensiva, que debía pactarse aun contra Francia. «Franklin le respondió que Inglaterra podía considerarse bien dichosa si se la admitiese, a pesar de sus culpas, a gozar de ventajas comerciales análogas a las que había obtenido Francia, y que se engañaba si creía, al firmar la paz con los americanos, encadenarlos en una guerra contra la nación generosa, donde éstos habían encontrado amistad en los momentos de su desamparo y de su opresión, y a la que defenderían en caso de ataque, obligados por el sentimiento de gratitud y por la fe de los tratados».

Unas frases del Congreso de Filadelfia a sus comisarios parecen revelar que la gratitud de América a Francia se aumentaba con la conciencia de la heterogeneidad política de ambos Estados:

«Admiramos la sabiduría y la verdadera dignidad de la Corte de Francia, que se ostentan en la conclusión y en la ratificación de los Tratados hechos con América. Ellos tienden poderosamente a hacer desaparecer aquel espíritu estrecho en el cual el género humano ha sido bastante desgraciado para entenderse hasta hoy. Estos Tratados muestran la política inspirada por la filosofía (no se olvide el sentido utilitario que entonces se daba a la palabra *filosofía*)¹ y fundan la armonía de las afecciones sobre la base de los intereses mutuos. Francia nos ha ligado más fuertemente de este modo que por ningún Tratado secreto, y este acto

noble y generoso ha establecido entre nosotros una eterna amistad».

Pero junto a esa unión, paradójica y ocasional por lo mismo que necesitaba ser justificada con tales protestas, otra unión más íntima y natural ligaba a ambos pueblos a espaldas de la lucha entre los dos Reyes. Las dos Repúblicas futuras germinaban en el mismo huevo de Leda.

Hay en la vida y en la muerte de Franklin dos momentos significativos de esa fraternidad ideal. El primero es el abrazo de Franklin y Voltaire en la Academia de Ciencias de París. Esos dos hombres fueron nativamente diversísimos: pertenecieron a categorías espirituales casi opuestas; pero colaboraron en una misma obra de liberación; en el uno terminaba un mundo, con la irónica confesión de su anacronismo y

de su irracionalidad, en el otro alentaban todas las promesas juveniles de un mundo naciente. El uno contaba las desilusiones anticipadamente seniles de Cándido; el otro se iluminaba con las ilusiones noblemente ingenuas de un alma de niño, en quien germinaba la atlética juventud de su pueblo.

Cuando murió Franklin, la voz que anunció ese dolor a la Asamblea Constituyente de Francia fué también altamente significativa: la de Mirabeau. El contraste entre los dos hombres encubría, otra vez, la hermandad de los dos pueblos. Mirabeau, temperamento epicúreo, vástago desprendido de una prosapia corrupta, convirtió su alma en antorcha purificadora de su propia sangre, ofrecida en holocausto inconsciente a la nueva divinidad. Fué ya un pre romántico. Perteneció a la impul-

LOS ATORMENTADOS

EL BEODO

*Vivo una vida miserable, completamente artificial.
Manda en mis actos no el cerebro sino la médula espinal.
Mi cuerpo se ha hecho transparente como una copa de cristal
y transparenta una alma loca, sin la noción de bien ni mal,
en la que ha muerto há tiempo el hombre y sobrevive el animal.*

EL AMANTE

*Una vez la miré, sin otra ropa
que la tela de vidrio de una fuente.
Mi amor para alcanzarla fué impotente
y mi alma de cristal, que era una copa,
se llenó de tristeza eternamente.*

EL DEMENTE

*Sombra es enfermedad. Las almas sanas
son luminosas como las ventanas.
La dicha es la bondad. Las almas buenas
son sin dolor como las azucenas.
Todas las almas blancas son serenas.*

*En mí existieron floraciones malas;
hubo en mi corazón cortezas duras;
y un día en mi razón sentí unas alas,
unas alas oscuras,
que se llevaron todas las escalas
y me dejaron todas las locuras.*

*Mis brazos abrí en cruz, como un arbusto
seco, sin una queja ni un reproche.
Porque hay pecado en mí, yo sé que es justo
que en mí aniden las aves de la noche.*

EL TRISTE

*Mi alma de cristal es transparente;
pero es como el cristal de la ventana
que recibe las luces del Poniente.
Deja pasar la rubia
procesión de la luz de la mañana
y oye tocar la lluvia eternamente.
Porque nada hay más triste que la lluvia
cuando llama al cristal de una ventana.*

EL POETA

*De todas esas almas de cristales
recogí los dolores inmortales.
Nada más doloroso que yo existe.
Yo soy amante, beodo, loco y triste.*

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

(De *Los Atormentados*, Guatemala, 1914).